

El más imprudente y el más culpable en su imprevisión fué José II. Federico no hubiera consentido nunca en el reparto de la Turquía, mientras que el emperador se dejó inducir á favorecer proyectos que, de haberse realizado, hubieran producido la ruina de su casa. Catalina reinaba ya en Alemania. ¿Qué hubiera sucedido si hubiera sido dueña de Constantinopla? Sin embargo, José II consintió en el restablecimiento del imperio de Occidente, y Catalina pensó seriamente en arrojar á los Turcos de Europa y reclamar el imperio de Bizancio. Este proyecto nos parece tan quimérico, que apenas podemos creer en él. Sin embargo, no es posible ponerlo en duda. Se conserva una carta de Catalina á José II, que contiene un plan de reparto de la Turquía entre Rusia y Austria. El emperador habia de recibir la Bosnia, la Servia y Belgrado. La czarina pedia poco para sí; se contentaba con la ciudad de Oczakow y su distrito y algunas islas del Archipiélago. La Moldavia, la Valaquia y la Besarabia debian formar un Estado aparte, que se suponía destinado al príncipe Potemkin; en cuanto al resto del imperio otomano, la emperatriz, para desarmar los recelos de la Europa, proponía constituirlo en reino independiente para el gran duque Constantino, su nieto, con la cláusula de que el imperio de Bizancio no pudiese unirse nunca al de Rusia. En apariencia, la czarina se proponía un plan generoso, caballeresco; salvar á la Europa del enemigo del nombre cristiano, y restablecer la Grecia sobre las ruinas de un gobierno bárbaro. Pero ya sabemos lo que valen las promesas de los reyes y las estipulaciones de los tratados. En realidad, no se pensaba en resucitar á la Grecia, sino en restablecer el imperio de Oriente (1).

Catalina creía ya haber logrado su ardiente ambición. Como mujer previsora, dió al segundo de sus nietos el nombre de Constantino, haciéndolo bautizar según el rito griego; hizo traer nodrizas griegas y niños de Grecia para compañeros de juego del futuro César de Bizancio. Esto era descubrir sus ambiciosas esperanzas. Engreída con las fáciles ventajas que alcanzó en su

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. VI, *Anhang*, p. 463.—ZINKEISEN, *Geschichte des osmanischen Reiches*, t. VI, p. 351.

guerra contra los Turcos, la czarina no dudaba ya del éxito de sus vastos planes. José era su cómplice. En cuanto á Francia é Inglaterra, habian dejado que las potencias del Norte se repartiesen la Polonia; era posible esperar que, en la especie de sopor que las dominaba, verían sí gran oposición á los Rusos reinando en Constantinopla bajo el nombre de Griegos. En suma, la emperatriz hablaba de hacer representar tragedias de Sófocles y de Eurípides en el teatro de Atenas. Pensaba ya en las medallas que habian de recordar á la más remota posteridad sus inmortales hazañas. En una de aquellas medallas se veía un rayo destruyendo la gran mezquita de Constantinopla, y esta inscripción en honor de la czarina: *Propugnatrix fidei*. La incrédula Catalina no se olvidaba de que tenía una misión religiosa; la fe podía ser un instrumento útil de su política (1).

La ambición de Catalina tenía un punto de vista que seducía; arrojar á los Turcos y rehabilitar á la Grecia. Recordemos el entusiasmo que se apoderó de la Europa ilustrada en el siglo XIX cuando supo que la patria de Homero salía de su sepulcro secular. Voltaire fué el precursor de los filo-helenos. La esperanza de ver renacer á la Grecia fué como el sol que iluminó sus últimos días. Escribió *La Campana de alarma de los reyes* para excitar á los príncipes cristianos á una nueva cruzada. El ilustre escritor les recordó que los Turcos habian puesto dos veces sitio á Viena, que seguían tratando á los reyes de Europa como trataban en otro tiempo los Romanos á los pequeños príncipes de la Capadocia y de Judea; dijo que sería fácil echar por tierra á aquel gran coloso que no era poderoso más que por las divisiones de la Europa: «Se teme, dice, que la casa de Austria adquiera demasiado poder, y que el emperador de los Romanos impere en Roma. ¿Preferís que vuelvan los Turcos?... Más aún se teme á la Rusia. Pero ¿por qué temer esos peligros distantes, mientras pueden conjurarse males presentes? La verdadera política es empezar por arrojar al enemigo comun.» *La Campana de alarma de los reyes* es floja bajo el punto de vista político. Hacía mucho tiempo que los Turcos habian dejado de ser el *enemigo comun*; el alma habia abandonado al *coloso*; no era más

(1) DOHM, *Denkwürdigkeiten*, p. 6 y 15.—ZINKEISEN, t. VI, p. 310.